

---

EN CUERPO Y ALMA: VISIONES DEL PROGRESO Y DE LA FELICIDAD

ZANDRA PEDRAZA GÓMEZ

Ediciones Universidad de los Andes,

Bogotá, 1999, 399 páginas, incluidas dos bibliografías

BASADA EN UN ANÁLISIS ETNOGRÁFICO Y HERMENÉUTICO DE TEXTOS COLOMBIANOS de urbanidad, higiene y comportamiento social de la segunda mitad del siglo diecinueve y primera mitad del veinte, la tesis de Zandra Pedraza examina cómo el cuerpo de los colombianos se construye paralelamente a la construcción de nuestra modernidad urbana, en un contexto en el que el orden y la limpieza determinaron gran parte de nuestras diferencias de género. Puede leerse así, pues su interpretación densa de todos esos textos que prohíben y permiten y prohíben lo que permiten, evoca esa mirada sobre el cuerpo como lo femenino y sobre el cuerpo como secreto que Michel Foucault elabora en su "Teoría de la represión" tanto como en el *Nacimiento de la clínica*.

Desde la mirada sobre el cuerpo como fuente de salud y limpieza en la proclama de Miguel Jiménez en 1917, hasta el buen comer y el don de gentes de Sofía Ospina de Navarro y las buenas maneras de Carreño, además de la *Cultura social* de Montañez, el *Código de etiqueta* de Camposol y la *Urbanidad para niñas* de Peláez, y de los números publicados por la revista *Cromos* entre 1916 y 1987, nuestro progreso y felicidad van de la mano de nuestra idea de salvajismo y civilización, y serán las mujeres colombianas las encargadas de transformar, con su cuerpo, la educación y las costumbres que nos alejarán de un estado salvaje.

La lectura de *En cuerpo y alma* es fundamental para entender el papel que tuvieron los tratados de higiene en Colombia en la construcción de un discurso de la sensibilidad, que se asimiló a ideales sobre el cuerpo urbanizado y civilizado. Además, sirve para comprender cómo la difusión de estas elaboraciones en las escuelas de enseñanza para niñas se convirtió en una manera de perpetuar una moral europea del cuerpo al estilo Monlau y su higiene del matrimonio, esencial para entender ese espacio de la intimidad del hogar, espacio mimético del cuerpo femenino. A partir de estos textos se elaboraron los argumentos que aún sustentan nuestra identidad nacional de inferiores con respecto

a los extranjeros, mientras hacemos esfuerzos en las canchas de fútbol, por ejemplo, por demostrar que somos superiores.

Al equiparar la noción de salud corporal a la de bienestar social, al tiempo que las mismas debían entenderse y practicarse de manera cotidiana, se instituyeron los elementos determinantes de la moral de los colombianos, que cuando es puesta en escena nos enfrenta a esa avalancha de principios que nos niegan como *salvajes* pero que nos acercan a la civilización.

El libro es genealógico de la manera como los colombianos percibimos nuestro cuerpo, así como de lo que Pedraza llama, con razón, “la decepción con el cuerpo de los colombianos no era ni mucho menos exclusiva de la higiene. En realidad, se trataba de una impresión generalizada de desencanto y temor frente al progreso, que encontró una forma de expresarse en diversos aspectos somáticos”. Y, debe agregarse, que todavía nos decepciona, en la medida en que desde este mismo cuerpo hemos expresado con miedo la aceptación incondicional de modelos económicos que nos niegan como seres capaces de progresar hacia uno acorde con nuestro cuerpo-geografía-territorio.

Sólo un buen estado de salud es sinónimo de progreso y desarrollo y esto coincide también con la visión occidental acerca de un buen estado de salud mental, esa aversión a la locura que para Foucault es la aversión al silencio o a lo que no se puede definir con una mirada. De ahí la necesidad que tenían las campañas higienistas de asimilar los nervios al alma y de equiparar un buen estado de salud a la coherencia de un retrato del alma, más no uno que retratara las concepciones somáticas indígenas y campesinas.

Toda esta visión del cuerpo como espacio del atraso y el progreso, nos hace pensar que la representación de este cuerpo en Colombia no sólo ha tenido unos límites en la piel, a la manera de Judith Butler en *Bodies that Matter*, sino que estaría más vinculada a una representación de la higiene y de la salud al servicio de la construcción de Estado, de nacionalidad y de ciudad, que a una representación de género, y de género masculino estrictamente, que asume al atraso como forma de ejercer poder. El aseo, el ejercicio, la continencia sexual y el ojo atento sobre la enfermedad son los dínamos de un género de lo limpio como nacionalidad y de la higiene como la diferencia. Esta es la representación o el discurso activo de este cuerpo feliz.

Desde esta perspectiva, *En cuerpo y alma* es una exploración de nuestra concepción de bienestar, ese vínculo estricto entre vigilar la pureza visible de nuestro cuerpo, la conservación de la salud y la fe que los colombianos le tenemos a los médicos, más que a la medicina, como sustentadores de un saber sobre lo que es políticamente correcto en términos de género y de salud, como un asunto individualista y no colectivo.

El segundo aspecto importante de la noción de bienestar que explora la autora, es su relación con los conceptos de nacionalidad y civilización sustentados por las elites con ayuda de ideas de progreso y felicidad y sus respectivas imágenes corporales de superación de un estado de salvajismo. La superación que implica ser *civilizado, blanco y urbano*, como imágenes que se superponen a un ideal de progreso, tiene su contraparte en una idea de felicidad en la que el sexo debe circunscribirse al amor matrimonial. Así, se levantan barreras a otras felicidades que redefinen las formas de transgresión sexual, las cuales hacen visibles a los géneros como categoría antropológica de una nueva sensibilidad de fin de siglo. Los géneros no sólo son considerados como lo masculino y lo femenino sino como la sensibilidad a la feminización y a la masculinización o a la exacerbación misma como sensibilidad de género y como expresión del alma.

La autora señala figuras patéticas, como el uso de la palabra “continente” para referirse a ese tipo ideal de cuerpo “cincelado por la urbanidad” y por el bienestar moral, que refuerza el discurso de la cultura física y el deporte, tanto como la cantaleta eugenésica que lo soporta, a través de la que esa pedagogía de la higiene y del cuidado del cuerpo es requisito de su propio bienestar e incremento de su eficiencia y rendimiento. Todos estos estandartes son señalados como elementos que pautaron la modernización del cuerpo en tanto imitación de patrones estéticos europeos, sublimando la capacidad masculina para la gimnasia, mientras se objetaba la capacidad del cuerpo femenino para la educación física.

En el libro se analiza la hiperestesia como “la intensidad exacerbada de las sensaciones”, una dimensión corporal sensorial que contrasta con lo que hasta principios de siglo se había considerado en Colombia como esencial para una dimensión material y una antropología del cuerpo: los sentidos entran en el panorama de un cuerpo que también es “continente” porque es

capaz de interpretar el exterior del cuerpo y sus representaciones a través de sensaciones.

La autora proporciona diversos ejemplos acerca de cómo, a partir de centros educativos específicos, tales como el Gimnasio Moderno, se decidió estimular actividades que desarrollaran la percepción sensorial, marcando así una diferencia radical con propuestas decimonónicas que afirmaban a la fuerza muscular y a la continencia como centros de un proyecto de higiene nacional.

Un aporte esencial de la tesis de Zandra Pedraza es el de una hermenéutica de la sublimación de estas sensaciones y la forma que adquirió en el “culto al cuerpo bello”, desde un medio de comunicación como la revista *Cromos*. La aparente frivolidad de *Cromos* sobre las ventajas de usar sombreros de tafetán azul para hacer *footing*, de adornarse con el menor número de joyas como signo de refinamiento, devela en el libro la importancia mediática del “consejito femenino” como dogma pedagógico, político y religioso. La visita de Decroly en 1925, el encuentro boxístico Carpentier-Dempsey, la misión Currie, el nudismo como resurrección del paganismo, la preferencia de la Iglesia por la gimnasia sueca más que por los ejercicios militares, la gracia es una flor que abre sus pétalos maravillosamente y el recato hogareño para evitar las arrugas, todo en un mismo plano de difusión a las masas ávidas de consejos y tendencias, se instauraron como autoridad política mediática en un momento en el que la Iglesia y el Estado disentían por el control de una educación que pretendía “flexibilizar las rígidas estructuras sociales heredadas de la Colonia y la República”.

En lo que sí nos deja iniciados este libro es en algo que la autora apenas esboza en el epílogo, y es el problema del cuerpo como alegoría. Una conclusión importante, pero que de haberse formulado desde el principio del libro, hubiera amalgamado el texto al contexto político y religioso en el que suceden los textos que son objeto de la exégesis de la autora, pero de una manera en la que cada texto que ella interpreta es el concepto que es puesto en escena por la Iglesia y por el Estado como imagen del cuerpo. De hecho, es así como Pedraza observa que las instituciones construyeron esta imagen del cuerpo y estas hiperestesias, separando la expresión del concepto –el cuerpo físico– de la expresión de la idea –la higiene del cuerpo como política y religión–, pero en ningún momento indica que toda esta forma de hacer política es de por sí alegórica del cuerpo colombiano.

La manera como el concepto del cuerpo en Colombia es puesto en escena –de lo que trata la alegoría– como imagen de civilización hiperestésica, de estesia como logro del progreso, no puede escapar a esa imagen del cuerpo como mirada y espacio que son los contextos políticos en los que cada texto “hace su propio bullicio” como fragmento de escritura histórica (Benjamin, *El origen del drama barroco alemán*). ¿Qué tal la bulla que hace la Iglesia a través de *Cromos* para transmutar al alma en cuerpo cotidiano, embellecido e inalcanzable?

Todos estos textos sobre higiene y urbanidad hicieron del cuerpo colombiano una alegoría de nuestro subdesarrollo, porque definieron el mundo de objetos que debieron conocerse sobre nuestro cuerpo, mientras que lo fijaban en coreografías inamovibles cuando nuestra geografía es un escenario de infinitas realizaciones. El cuerpo como alegoría implica ese espacio que, como dice la autora, es el vehículo para la realización humana pero también un espacio del cuerpo en donde tiene lugar el contacto, la copia y la tensión de las imágenes de lo salvaje y lo civilizado, como imagen dialéctica de nuestro cuerpo. Además, la construcción de nuestra caligenia –el origen del drama colombiano con lo hermoso– es la expresión de elementos antitéticos de negación de identidades con nuestros espacios y de afirmación de otras identidades con estos mismos espacios que necesariamente elaboran una nueva mirada-cuerpo. El cuerpo de los colombianos no es anterior ni posterior a estos lenguajes higiénicos, sino que es ese concepto que se vuelve imagen en tanto mirada que describe los espacios en los que vivimos, esos que llamamos subdesarrollados, sólo porque los miramos así.

Importante leer *En cuerpo y alma* como mirada que nos da más claves para entender la rigidez de nuestro cuerpo colombiano, porque eso de hablar de una “cultura colombiana” es otra higiene.

MARÍA TERESA SALCEDO

Instituto Colombiano de Antropología e Historia